

Pero ahí estaban los historiadores.

El análisis del texto y de la escritura, los estudios comparativos y la comprobación documental de época demostraron paso a paso la autenticidad de la obra y —algo todavía más importante— la veracidad de su autor que habla como testigo *de visu* o recurre a testimonios fidedignos. Es muy probable, como sostiene el investigador Mario Orellana, que una de las principales fuentes a que recurrió Bibar fueran las cartas del propio Valdivia, que pudo conocer directamente. Eso en cuanto a lo que no vio por sus ojos ni por sus pies anduvo. En lo demás, es la experiencia personal la que se manifiesta en la voluminosa *Crónica*.

Gerónimo de Bibar no es sólo un testigo curioso que narra sus aventuras acaso con afán memorialista. En muchos aspectos se adelanta en años y en décadas a su tiempo. Es un observador minucioso que registra, con anticipado espíritu de antropólogo, las costumbres de los naturales, su organización política, sus credos y sus ritos; que sabe distinguir entre diferentes pueblos, según sus culturas; que analiza lo que ve y lo anota con precisión.

Algunos importantes episodios de *La Araucana*, de Ercilla, que muchos tuvieron por fruto de la exuberante imaginación poética del último de los épicos —entre ellos nuestro venerado Barros Arana— hallan plena confirmación en la *Crónica* de Bibar: el poeta no inventaba cuando canta a Lautaro, a Fresia y Caupolicán o a otros héroes mapuches tenidos por legendarios. Los acontecimientos están allí, narrados en detalle por el cronista que de este modo sirve de anticipado *aval* a don Alonso.

Todo esto es sorprendente y debemos agradecerle a Mario Orellana este concienzudo estudio que nos aproxima al primero y más auténtico narrador de los tiempos de la Conquista. Orellana sigue los pasos del soldado cronista comenzando por indagar sus posibles orígenes hasta sus tiempos de Chile, donde fue más memorialista que militar, por la gracia de Dios y para firme asentamiento de nuestras fuentes históricas.

Si este breve libro es de interés página por página, su último capítulo —“Conclusiones: reflexiones sobre el contacto aborígen-español (siglo XVI)” — es excelente y esclarecedor. Orellana echa por tierra muchos mitos históricos y étnicos como esos cacareados trescientos años de guerra y el origen hispano-mapuche de la raza chilena, y otras zarandajas con que algunos dómines llenan de patrioteros zumbidos las orejas de nuestros estudiantes. La verdad es siempre más lógica y a menudo más comfortable que la fantasía.

HERNAN POBLETE VARAS

RUISEÑOR DE LA LUNA

De *Fernando González-Urizar*

Ediciones Logos. Santiago.

<https://doi.org/10.29393/At459-31RLVM10031>

El autor de esta obra es un auténtico poeta de larga trayectoria. Ha publicado varios libros, siempre líricos, de jerarquía. Canta emociones profundas, entre metáforas de fácil reducción y una forma hablada. Le dice al ruiseñor: “Cantas la bella rosa? Catarata del río de la luna?”. Después le ordena: “Pide que dure el hoy, la flor perfecta / la tersa juventud inmarcesible”. Y todo ello, porque “duele la soledad, quema la angustia”. “La vida es una cinta sin fin”. Pero la realidad nos asegura que se triza.

Una curiosa transposición inédita, oportuna: “Un tango que yo bailo con tu cuerpo —más bien con el aroma de tu cuerpo— mejor aún, con tu deseo y mi deseo”

Es cierto que “un grano de poesía sazona un siglo”, como dijo José Martí.

“¡Ay!, todo canta si visitas mi alma”, confiesa el poeta. Define la juventud como aire, vuelo y danza. El poema se titula *Meditación ustoria*, que arde y quema, entre llamas casi invisibles.

Con estas palabras se inicia “Pájaro celeste”: “Abre mis ojos un silvar menudo”. Es una evocación de los días que ya fueron, la auscultación de los estados del alma, porque “en erial se trocó la rosaleta”.

“Cuando los oigo hablar, cierro los ojos: —dicen de sí lisonjas, ditirambos”. Muchas veces, “la letra del discurso es puro incienso”. De ahí a los “pavos reales y narcisos”.

Este poema se entrelaza con otro, con una discreta invitación: “Aprende corazón, sopla con arte — para que entonces la palabra justa”.

Y como si fuera un valioso juego de palabras nos dice González-Urizar: “Algo tendrá el aire aquí —que retuvo mis intentos— de morir para vivir”.

Varios poetas han dicho que es necesario tener mucha experiencia para escribir la primera palabra de un verso, y es inevitable haber vivido muchas vidas para poder vivir en plenitud un solo instante.

Fernando González-Urizar jamás se repite en sus poemas. Sin duda sus palabras tienen vitalidad porque cada una de ellas representa un hecho, una meditación, un acercamiento a la belleza. Recuerda “aquel bello mester de epifanías” y “la gaya ciencia del azar”. Con dolor dice: “Se va la vida apriesa. Viene el túnel de trinos y silenciosos relámpagos / por entre la memoria y el olvido”. Sabido es que la memoria es tiempo y duración. Y que el olvido, el poder olvidar, es una de las grandes facultades del ser humano.

Libro muy valioso, creación de un poeta moderno y antiguo que mide el peso de las palabras.

VICENTE MENGOD

OLMOS Y LOS ESCRITORES

Prólogo de Ricardo Bindis

Impresión: Talleres Gráficos. Santiago. Edic. numerada.

La pintura y el uso rítmico de la línea, en sus diversos contornos, constituyen un acto de profunda desesperación, pues son una vuelta a los orígenes del lenguaje. El artista examina la realidad, la transforma y crea mundos diversos, expone vivencias personales y contribuye a poner en marcha analítica la sensibilidad de los espectadores.

Pedro Olmos es un dibujante chileno, ha desbrozado los temas populares, folklóricos, las leyendas y costumbres del pueblo. Dice el autor del prólogo: “Ha sido una isla en medio de tanta veneración por las corrientes que han nacido en el Viejo Mundo”. Y agrega: “La mano de Olmos no vacila y enfatiza los contornos, con el trazo de ilustrador que viene de sus quehaceres: en periódicos y revistas”.

Sus dibujos muestran el sello de la época. Pedro Olmos ha viajado por Europa, con los ojos despiertos, se convirtió en creador de finos arabescos, siempre con un trasfondo genial.

Los escritores chilenos le han dedicado notas y análisis profundos de sus láminas graciosas, plenas de un delicado humor. Acerca de este singular artista han escrito las mejores “plumas de Chile”. Mario Bahamonde lo define en un poema. Comienza así: “Este Pedro Olmos es el pintor de Linares — Una boina, un cigarro y su neurastenia — una sonrisa y su saco de avatares”.

Andrés Sabella proclama que Olmos es “un artista por los cuatro costados de la vida”.

Las “rondas” de Gabriela Mistral las interpreta Olmos con unos niños, un trazo de monta-